

Iré a lavarme las manos, sucias de sangre y de cal, en las lágrimas que seca el sol, mientras mi existencia, en tanto suene el órgano de la liberación, que evaporará el incienso de la fe y consumirá el bálsamo del renacimiento, correrá a precipitarse en un manantial nuevo, cantando, sobre el ajado estambre de la juventud, con un temblor de gema suspirante en las crestas del mar, la canción de la tierra abierta cada primavera.

La vida, lábil y caduca, búsqueda y derrota, vínculo que se deshace y cuerda que se rompe, llanto desacralizado y realidad desnuda, más que rememoración y tibieza de sueños, es también ficción y movimiento sin fin. Trueque y mutación. Y amor, si algo sobreviviese a sus naufragios.

Arturo Maccanti
Guerea, agosto 06